

Nuestros hijos

Sergio I. Salazar-Vallejo*

El entorno hogareño ha cambiado si comparo mi infancia con la de mis hijos. Hay diferencias en la tecnología disponible, de la que la televisión es cuña máxima y a la que se unen los juegos electrónicos, la computadora y el teléfono. Tener estos aparatos en casa refleja el incremento en nuestro nivel de gasto o de consumo; la reflexión siguiente sería si con estas comodidades también hemos incrementado nuestra calidad de vida o alguna de las características deseables de mantener en los niños, como la curiosidad o el gusto por las actividades físicas o deportivas. Porque estas facilidades promueven el que se pase más tiempo en casa, en mi casa, la respuesta es negativa.

Es cierto que en todas las familias y grupos académicos podemos encontrar hijos para presumir y otros de los que es mejor no hablar, pero al margen de esos detalles, siento que he ido perdiendo sentido de familia porque hay menos tiempo para ella. Quiero decir, si no hay suficiente tiempo para convivir, si las tensiones laborales se traducen en hostilidad para los seres queridos, o si es tal el esfuerzo realizado en nuestro trabajo que la única energía que nos queda la usamos para aislarnos el fin de semana, entonces estamos mal y la familia peor.

Es importante pasar más tiempo con la familia; tan cierto como que la calidad del tiempo también es relevante. Durante mi periodo de desempleo, en el que estaba todo el día con mi mujer y mi hija, no había muchas razones para estar contento. Rato tan largo como amargo. Como diría una de mis exalumnas: “El dinero no trae la felicidad, pero cuando se va, se la lleva”.

Disfruté mucho mi infancia; mamá estaba, como muchas esposas en esa época, en embarazo continuo. Empero, no le faltaba aliento para obligarnos a hacer la tarea o evitar que saliéramos si no habíamos ayudado en la casa. Sólo llegó a segundo de primaria, pero igual que otras señoras de entonces, pensaba que ir a la escuela y esforzarse por destacar eran obligatorios para la superación. Escribía con bonita letra, podía leer bien y hacer cuentas; suficiente para lidiar con el

SIN GANAS

magro salario que traía papá y con el abarrotero que anotaba en una libretita todas las golosinas que sacábamos después de avisar, supuestamente, a mamá.

Mis hijos tienen, sin duda, mejores condiciones para su aprendizaje que las que tuve en mi distante niñez. Lo que parece faltar, aunque quizá exagere, es hacerlos entender la importancia del esfuerzo sostenido; no para destacar y *tener puros dieces*, como me decían a mí, sino para fortalecer su aprendizaje. En un entorno como el de Chetumal, en el que parece que se hace fortuna alternando (o combinando) funciones entre la burocracia y el comercio, la actitud imperante es que importan más las amistades que las cualidades. Las otras señales que quizá todavía no perciben, pero que pueden estar más generalizadas, son los imanes del narcotráfico o de la imitación de las celebridades de televisión y cine; ambos minan cualquier proyecto académico.

Estoy seguro que mis hijos (biológicos y académicos) se extrañan de que les diga que deben buscar su formación y posterior vida familiar en otra parte; quizá sientan que no los aprecio o que quiero deshacerme de ellos, especialmente por mis castigos y maltratos que serían la envidia de Tomás de Torquemada. Lo que trato de decirles, quizá sin éxito, es que deben volar con sus propias alas, que deben esforzarse porque aunque es difícil sobresalir por méritos personales, lo que logren por ellos mismos no se los podrán arrebatar fácilmente, como ocurre, por desgracia, con los recomendados.

Igual que todos, tememos lo desconocido pero en relación con nuestros hijos, el temor puede llegar a niveles enfermizos (como en mi caso). Sin embargo, soy optimista y estoy seguro que la calidad de su desempeño les abrirá varias puertas; cuando alguna se abra, estarán más satisfechos.

Por otro lado, ¿alguien sabe cuál es la forma para penetrar la mente de un niño (o estudiante de posgrado) y convencerlo de esforzarse más? A Conchi Campos le vino por iniciativa propia; a mí tuvieron que darme varias calentaditas (sin tehuacán ni toques) para convencerme de ello. Si alguien conoce alguna poción, lectura, seminario o meditación, les ruego que lo compartan, no sólo conmigo sino con la mayor cantidad posible de personas. Debemos hacer algo para abatir la aparente apatía generalizada y para reducir la subyacente pasión por la mediocridad, a menos que nuestro proyecto de nación sea hacernos maquiladores. Merecemos otro futuro, ¿o no? ©

* Sergio I. Salazar-Vallejo es investigador de ECOSUR Chetumal (salazar@ecosur@qroo.mx).

SIN GANAS